

La psicología y la chamanería

Por: Francisco Quintanilla

La siguiente reflexión sumamente breve pretende poner al descubierto la justa dimensión y esencia de la práctica “profesional” del psicólogo en el mundo actual de los países empobrecidos, en países latinoamericanos como El Salvador, y en particular en el quehacer de los psicólogos en muchas universidades latinoamericanas, públicas y privadas.

Para lograr el anterior propósito se partirá de una serie de presupuestos planteados por Ignacio Martín Baró en su intento por crear y proponer los cimientos de una psicología de la liberación, así como un nuevo quehacer del psicólogo latinoamericano en escenarios de países empobrecidos como el salvadoreño.

Un presupuesto planteado por Martín Baró, que por cierto ya se encuentra desarrollado en la filosofía dialéctico materialista, y es que en la relación realidad e ideas, realidad objetiva y teoría, la realidad además de ser primaria, es independiente y anterior a las ideas, y las ideas son secundarias y dependen de la existencia de la realidad. Esta idea la plasma Martín Baró, al preguntarse cuál es el camino que se debe seguir para producir conocimiento, ir de la teoría a la realidad o ir de la realidad a la teoría.

En muchas universidades latinoamericanas en general y salvadoreñas en particular, el camino por excelencia que han seguido, lamentablemente, ha sido ir de la teoría a la realidad y no de la realidad a la teoría. Este camino, ha representado, en la práctica por una íparte,

una negación de la práctica científica de la psicología, y por otra, derivada de la primera, una importación de teorías psicológicas producidas en otras latitudes distintas a las realidades latinoamericanas y salvadoreñas.

Al retomar el primer aspecto, de que partir de la teoría a la realidad, supone la negación de la práctica científica de la psicología, lleva a considerar, primero a que los psicólogos y su práctica profesional ha estado orientada a estar de espaldas a la realidad que les circunda. Al estar de espaldas a esa realidad, que es la verdadera fuente de todo conocimiento, refleja que se han visto “obligados” con conciencia o sin ella a adentrarse en la subjetividad de las personas, pacientes o clientes que atienden, buscando en ella las causas de los problemas que las personas padecen al margen del contexto social e histórico en la que estas mismas personas están insertas; segundo, a que en la medida que se alejan cada vez más de la realidad, tienen menos posibilidad que su práctica adquiera la propiedad de ser científica, ya sea desde las exigencias del positivismo o desde los planteamientos de la epistemología comprensiva o interpretativa.

Desde las exigencias del positivismo, que a pesar de que no es una concepción epistemológica que puede servir de base para la construcción de una psicología de la liberación, tiene sus criterios para clarificar si algo puede o no ser estudiado científicamente, para el caso la subjetividad como objeto de estudio al no cumplir con los requisitos de ser observable, medible y sujeta a experimentación, no puede estudiarse científicamente, y si se estudia, los resultados de dicho estudio, están lejos de ser considerados como científicos.

Desde la concepción comprensiva e interpretativa, porque para comprender o interpretar como las personas, las comunidades o los pueblos comprenden en su subjetividad los problemas que viven a diario, debe hacerse penetrando en la subjetividad, pero inserta en el contexto social e histórico en la cual se desarrolla esa subjetividad, entonces si los psicólogos parten de la teoría a la realidad, significa que creen que la teoría existe con independencia de la realidad, y que por tanto, también la subjetividad existe con independencia de la realidad, por lo que terminan descontextualizando, deshistorizando y despersonalizando a los pacientes, a las personas que tratan psicológicamente, es decir, terminan no cumpliendo con una de las exigencias de esta concepción comprensiva e interpretativa, para poder estudiar la subjetividad.

Desde ninguna de las dos perspectivas epistemológicas, la práctica del psicólogo en muchos países y en muchas universidades latinoamericanas, cumple con los requisitos para poder ser considerada como científica, y si esto es así, su práctica está más cerca de la magia, de la chamanería, de la brujería que de la ciencia misma.

Ahora retomando, el aspecto de que la psicología al ir no de la práctica a la teoría sino de la teoría a la realidad, ha llevado a los psicólogos latinoamericanos y salvadoreños a importar teorías construidas en otras latitudes, en otros países muy distintos a los países pobres y empobrecidos como los latinoamericanos, de nuevo ante este aspecto, se cae en la cuenta, que al importar teorías y sobretodo asimilarlas acríticamente, se está no sólo importando teorías sino que también realidades muy distintas a las latinas, pero también se está importando

formas de ver, entender, sentir la realidad; formas ideológicas de ver, entender y sentir la realidad que al provenir de países con condiciones económicas, políticas, sociales y culturales muy distintas, se convierten en formas de enajenación, de alienación de la conciencia de los pueblos latinos así como de sus realidades. El psicólogo latino y salvadoreño, en este sentido se ha convertido con conciencia o sin ella, en un instrumento enajenador, alienador de la conciencia individual como colectiva de los latinos, y desde estos dos fenómenos complementarios, en un agente activo de la enajenación y alienación de las realidades latinoamericanas.

Un segundo presupuesto del que arranca Martin Baró para proponer los fundamentos de la psicología de la liberación, es que el psicólogo latinoamericano ha contribuido desde su especificidad a enmascarar la realidad y no a desenmascararla. Es decir, que en la medida que el psicólogo quiera o intente penetrar en las entrañas de la subjetividad, sobretodo en la subjetividad individual al margen del contexto social e histórico en que se ha forjado, en esa medida y con una vara más, este profesional de la salud mental, ha estado, está y estará jugando un papel activo en el encubrimiento de la realidad real, en algunos casos consciente y en muchos casos inconscientemente.

Cuando lo hace conscientemente, él psicólogo tiene consciencia de por lo menos dos cosas: una de la realidad económica, política, social e histórica que lo circunda y dos que al encubrir esa realidad, está consciente que encubre esa realidad a las personas que atiende con el propósito de que sigan inconscientemente manteniendo las estructuras económicas, políticas, sociales e históricas injustas a favor de las

minorías, a favor de los dominadores y en contra de ellas mismas (de los dominados).

Cuando el encubrimiento o enmascaramiento de la realidad lo hace inconscientemente el psicólogo ni siquiera se da cuenta que con su práctica “profesional”, está contribuyendo a descontextualizar, a despersonalizar y a deshistorizar a las personas que atiende, sino que tampoco se da cuenta que también él mismo y la psicología se descontextualizan, se despersonalizan y se deshistorizan. En otras palabras, descontextualizando se descontextualiza él mismo, despersonalizando se despersonaliza el mismo, deshistorizando se deshistoriza él mismo.

Ambos tipos de psicólogos que encubren o enmascara la realidad consciente o inconscientemente, ambos son culpables o cómplices de contribuir a que las personas que trata psicológicamente, como diría Paolo Freire, no sean capaces de leer correctamente su realidad, de escribir su propia historia, ni de sumarse a la transformación de las realidades injustas en progresivamente más justas y más libres y liberadoras.

En este proceso de encubrimiento, de enmascaramiento de la realidad, consciente o inconscientemente, la técnica o procedimiento particular que utilizan los profesionales de la psicología, es orientar, a que el paciente como tradicionalmente se llama al que acude a los servicios profesionales del psicólogo, a que busque las causas de sus “trastornos” o “alteraciones” mentales o de comportamiento en las profundidades de su subjetividad, y no en su interacción con la sociedad que le circunda, es decir lo “orienta” a que deje en el olvido que las

causas reales de sus “alteraciones” mentales las encontrará en su interacción con el mundo o con la sociedad que le rodea y en la cual está inserto y no en su subjetividad solipsística y enclaustradamente entendida.

El profesional de la psicología, en este sentido, orienta al paciente a que se desdoble, a que se separe de la realidad, quedando para el psicólogo y para el paciente mismo, su personalidad (la del paciente) chulona, fuera del charco social y de sus turbulencias económicas, políticas, sociales e históricas. Por supuesto este desdoblamiento además de transitorio es imaginario.

Transitorio, porque dura nada más mientras dure la consulta psicológica, mientras dure la terapia psicológica; imaginario dicho desdoblamiento, porque cuando el paciente sale de la clínica del psicólogo y le han hecho creer que sus problemas ya desaparecieron o ya los superó, al abrir de nuevo sus ojos, poco a poco se va dando cuenta, aunque sin entender completamente la realidad, que esta realidad que le circunda sigue siendo la misma, con todos sus avatares y torbellinos, que es la realidad de donde se originan dinámicamente sus alteraciones mentales.

Entonces, el psicólogo, como se dijo anteriormente, con su terapia psicológica, al descontextualizar, despersonalizar y deshistorizar al paciente, también se somete él inconscientemente a estos tres procesos como a su práctica profesional, es decir, descontextualizando, despersonalizando, deshistorizando, se despersonaliza, se descontextualiza y se deshistoriza él mismo como como persona y como psicólogo.

Bajo este proceso de encubrimiento de la realidad y de alejamiento de la misma a que somete consciente o inconscientemente el psicólogo al paciente como a él mismo, se ha visto inclinado a buscar, como se dijo anteriormente las causas de los trastornos, de las alteraciones de la subjetividad o de la conducta en la subjetividad misma, alejados de la realidad real. Entonces, al ir navegando en esta dirección que apunta a un alejamiento mayor de la realidad real, el psicólogo se aleja cada vez más de una práctica profesional científica y de una práctica científica. En este sentido si su práctica se aleja cada vez de una práctica científica o se ha dejado en muchos países latinoamericanos de ser científica, quiere decir, que no ha dejado su origen, no ha roto el cordón umbilical que la une con la práctica chamánica, con la práctica de la magia y de la brujería.

Todo lo anterior lleva a considerar que la práctica del psicólogo en muchos países latinoamericanos y en muchas universidades insertas en estos países está lejos de ser científica y mucho más cerca de ser chamánica, con el agravante de que es una práctica científica deformada pero también es una práctica chamánica deformada, es decir, no hace bien el papel de científico de la psicología pero tampoco ejecuta bien el papel de chamán.

Entonces, las universidades donde forman a los psicólogos y a otros profesionales, lejos de ser escenarios donde se produce ciencia se han convertido en una especie de centros espiritistas, ya que también están de espaldas a la realidad; definitivamente, no les queda otra que por medio de la teoría, importar realidades distintas a las latinoamericanas o imaginar realidades al mejor estilo de Harry Potter, que las lleve por

el sendero de los conjuros para enfrentar graves problemas sociales como los que se viven actualmente en El Salvador, tales como la corrupción estructural, la delincuencia organizada o la privatización de las pensiones públicas bajo el escudo de la ley aprobada recientemente por la Asamblea Legislativa.

La anterior idea orienta a considerar que probablemente sea la razón de la poca o nula credibilidad que tienen los psicólogos en países como El Salvador, y que también es muy probable que sea la razón de por qué un chamán tiene más credibilidad, más aceptación que un psicólogo ante las mayorías populares de los países empobrecidos de Latinoamérica.

Para terminar esta pequeña reflexión, se finaliza con un pensamiento punzante de Ignacio Martín Baró (1998) planteado en el libro *Psicología de la liberación*: “A los psicólogos latinoamericanos nos hace falta un buen baño de realidad, pero de esa misma realidad que agobia y angustia a las mayorías populares” (p.314). Por su puesto este baño, que es un baño salvífico, no sólo orienta a que los psicólogos en América Latina sigan el camino de la realidad a la teoría para producir conocimiento científico, hacer ciencia psicológica y poder alejarse cada vez más de la práctica chamánica, sino también exige éticamente que los psicólogos, su práctica profesional y la psicología misma se pongan a favor de las mayoría empobrecidas que con el transcurrir del tiempo lamentablemente van siendo más y las van haciendo más empobrecidas, de lo contrario la psicología seguirá siendo elitista y chamánica.

El Salvador, Centroamérica, octubre de 2017.